

¿DONDE ESTA DIOS?

PEDRO TRIGO

Hoy existe un renacimiento cristiano en América Latina. Por la década del cincuenta y en los años del Concilio pudo parecer que se trataba de un proceso de modernización. Aggiornamento era la palabra que lo expresaba y a este slogan correspondía lo que se llamó un diálogo con el mundo, una encarnación en el mundo: sacerdotes sin sotana y hablando un lenguaje secular, una liturgia en lengua vernácula y con cantos "modernos", un estudio de los problemas modernos, una comprensión de las actitudes modernas, una colaboración en la educación y en la acción social para desarrollar al continente. Se hablaba de la secularización, del valor cristiano de las realidades terrenas, del hombre llegado a la mayoría de edad, liberado por Dios de su tutela y de la tutela eclesiástica, de Dios que entrega el mundo al hombre para que lo construya. Los obispos latinoamericanos reunidos en Mar de Plata (1966) apoyan la Alianza para el Progreso. La Iglesia deja de ser una institución tradicionalista y se pone al día con la marcha del mundo.

LA IGLESIA SE MODERNIZA

Entre las cosas viejas estaba esa enfermiza propensión del pueblo hacia la pasión del Señor, como si nuestro Dios no fuera un Dios vencedor de la muerte, un Dios resucitado. Había que acabar con tanta imaginería truculenta, con tanto canto lúgubre, incluso con esa triste oscuridad de las iglesias. Incluso en los entierros y en las misas de difuntos había que sustituir el llanto desgarrado por el canto de la resurrección.

Esa modernización de la Iglesia latinoamericana -que en nuestro país por falta de agentes modernizadores se llevó a cabo en una medida más bien modesta- hoy nos parece fundamentalmente agotada. Contenia elementos valiosos, pero ocultaba un profundo malentendido. Entonces se vivió ingenuamente. Fue un paso importante, pero provisional, hacia posiciones más conscientes.

La ambigüedad venía del sentido adialéctico del proceso que se emprendió de modernización. La Iglesia se había cerrado durante mucho tiempo. Ahora dejó las condenaciones y se puso a bendecir y colaborar. Venía nueva y con complejo de culpa y por eso quiso correr más que nadie y demostrar que lo viejo había pasado definitivamente. Era la época de los teólogos europeos y de Teilhard de Chardin. De diálogo de fe y filosofía, de la fe y ciencia. De pastoral de élites. De multitud de cursillos y movimientos. Se construyeron colegios, universidades católicas, grandes seminarios, iglesias de diseño supuestamente modernista. Fue una época en que las congregaciones religiosas, sobre todo las que poseían organización y características eficientes y funcionales, engrosaron como la espuma.

LAS CONTRADICCIONES DE UNA EMPRESA

Las contradicciones se fueron percibiendo después a través de la toma de conciencia en el ejercicio del apostolado de promoción popular, a través de la politización incontenible de los militantes en movimientos cristianos orientados a la cuestión social, a través de la evolución general del continente, del fracaso de la Alianza para el Progreso como instrumento para despegarnos del subdesarrollo. . . Estos grupos cayeron en la cuenta de que se habían alejado del pueblo, que se estaban ligando insensiblemente a las burguesías modernizantes

que por este tiempo comienzan a internacionalizarse, y vieron que el proyecto cristiano que proponían era colonialista ya que el proponer la adopción de las fórmulas europeas suponía que Latinoamérica no era un lugar teológico, como si en la historia que vivía el continente no interpelara el Espíritu de Jesús.

El Jesús resucitado de esta Iglesia modernizada se parecía demasiado al ideal de la cultura occidental, era algo así como la consagración de su prototipo. Salido rejuvenecido del baño de la muerte, recién salido de las tinieblas de una historia de rutina y escasez, mira al futuro con la tranquilidad de una posición adquirida. Esta imagen de Jesús no ha calado en nuestro continente. Para unos es extraño. Para otros alienante. Otros no lo necesitan sino como un vago adorno.

Todavía continúa en la Iglesia latinoamericana esta corriente modernizadora. Pero ya ha dejado de ser significativa. Ya muchos han comprendido que esta modernización de la Iglesia, en cuanto reflejo de la modernización del continente, es un proyecto ateo. Y no por esas disquisiciones de los teólogos europeos y estadounidenses de que el hombre moderno ya es mayor de edad y se ha emancipado de Dios sino porque esta modernización es un proyecto injusto y deshumanizador, un proyecto que significa en la práctica "un rechazo del don de la Paz del Señor; más aún, un rechazo del Señor mismo." (Medellín 2,14)

Por eso este Señor resucitado de la Iglesia modernizante era sólo un fantasma incapaz de entusiasmar a nadie. El Señor vivo y actuante, el Señor concreto de carne y hueso había sido cuidadosamente rechazado. Y nosotros no conocemos a otro Dios que el que lucha por el pobre y libera al oprimido. Por eso el pueblo no acogió como Buena Nueva la presentación de ese Cristo triunfante como un ejecutivo y como él ajeno al dolor del pueblo. De este Dios es del que dice el cantar:

"por mi casa no ha pasado tan importante Señor...
Lo seguro es que él almuerza en la mesa del patrón".

Y concluye:

"Si hay algo sobre la tierra más importante que Dios es que nadie escupa sangre pa' que otro viva mejor".

Pero, a pesar de esta imagen distorsionada que muchas veces hemos dado, nuestro Dios no es un Dios que se da importancia, nuestro Dios no es el compinche de los señores. Es cierto que nuestro Dios es grande. "¿Quién como Dios?" Pero no es una grandeza competitiva. Su poder se ha mostrado en la capacidad de dar poder al hombre y de perdonarlo. El es el que ha dicho que es más importante la vida del hombre que la de Dios. Lo ha dicho cuando no se ahorró a su propio hijo sino que lo entregó por nosotros que éramos enemigos (Rm. 5,8;8,32). Y lo ha dicho Jesús al despojarse de su rango al hacerse uno de nosotros, al alienarse en este compromiso con nosotros para liberarnos (Fil. 2,6-9).

Esta es la perspectiva para situarnos ante el misterio de la resurrección de Jesús. Dios ya no tiene más que hacer. En Jesús está la plenitud de la divinidad corporalmente. Dios para salvarnos es Jesús, este hombre del pueblo que trabaja, que predica, que gasta rápidamente su vida en esta lucha por liberar al pueblo oprimido, no sólo al judío sino a toda la humanidad. Este hombre viene a dar un vuelco a la historia, a iniciar una historia de libertad en la verdad, de vida en el amor. El viene a introducir al mundo un poder capaz de derribar a los poderes opresores y deshumanizadores que reinan en el mundo. No se trata de una idea luminosa, de un invento, de un programa. Se trata de comunicar la misma libertad, la vida misma de Dios. Y esto no como extrapolación de la humanidad, es decir de un modo humano, como humanización definitiva y ya la única posible del mundo. Y aquí viene el problema de la resurrección.

Porque Jesús fracasó. Las autoridades, tanto las religiosas como las civiles, vieron en su vida como un principio que escapaba a su control, y lo mataron. Entonces sus discípulos quedaron profundamente desconcertados, desamparados, decepcionados. Habían apostado todo por Jesús, habían experimentado que con él habían cambiado de vida, que se habían renovado, que habían sentido que en ellos se abría paso un principio de libertad, una capacidad incondicionada de lucha, de creatividad, de amor. Todo eso era aún confuso y necesitado siempre del apoyo y la clarificación que les daba la presencia de Jesús. Esta presencia les es arrebatada. Los evangelistas anotan la suprema confrontación de poderes: "Si eres hijo de Dios, baja de la cruz y creemos en tí" es el desafío de los poderosos del mundo. Y Jesús clama desgarradamente: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?" Entonces vienen los interrogantes inconfesados: ¿era un iluso? ¿un impostor? ¿o es el fracaso de Dios?

Y aquí viene el acontecimiento de la resurrección. Jesús aparece ante sus amigos. Se presenta lleno de poder. Dios no lo abandonó al poder de la muerte sino que lo exaltó y lo constituyó Señor de todas las cosas. Y Jesús les comunicó su Espíritu. La resurrección no consiste ante todo en una nueva interpretación de las cosas: lo que antes parecía fracaso ahora se ve triunfo. Este nuevo modo de ver las cosas es consecuencia de esta nueva vida, la vida de Jesús, que actúa en ellos. Al vivir esta vida comprenden que era necesario que Cristo padeciese estas cosas para que así entrara en su gloria (Lc. 24,26). Porque la obra de Dios en Jesús no es magia, es liberación de los hombres y esto implica una lucha a muerte con los poderes que los esclavizan y que han configurado unas estructuras sociales deshumanizadoras. Y nosotros somos de este mundo. Por eso tenemos que morir a este modo de vida y nacer a esta vida nueva. En esta muerte a los privilegios de clase, al egoísmo, en esta lucha por edificar la paz de Cristo desmontando el ídolo de esta paz engañosa se manifiesta la vida. En la debilidad que experimentamos al enfrentarnos con la enorme complicación de los problemas que plantea la construcción de una sociedad justa se manifiesta la fuerza de Dios que obra en nuestra debilidad y vence de ella.

La resurrección de Jesús no consiste en que, después de morir, Jesús ha vuelto a la vida. La comparación con las resurrecciones que el obró, por ejemplo la de Lázaro, no aclaran nada este punto. Si fuera una simple vuelta, Jesús seguiría a merced de nosotros, un ser ahí preso en cierto modo por las coordenadas espaciotemporales. Pero no es así: "No está aquí" (Mc. 16,6). Jesús no es de este mundo, de este siglo: A Jesús nadie le puede ver si él no se revela. Esto no quiere decir que no esté en la tierra. Significa más bien que inaugura una era distinta, al mundo del futuro, el ámbito de la libertad. Y sólo el que esté en ese ámbito, sólo el que es hombre nuevo tiene acceso a él. De ahí, la necesidad de convertirse.

¿Dónde está en América Latina ese ámbito de libertad? Porque si no se encontrara ¿qué podría significar Jesús resucitado?

La Iglesia que se modernizaba pensó un momento que ese ámbito se encontraba ante todo en grupos de políticos empresarios y profesionales que se atenían a las leyes, que trabajaban mucho y daban trabajo, que llevaban una vida privada digna y decente y que ayudaban además a la Iglesia en sus tareas evangelizadoras y civilizadoras. La Iglesia creía que el grupo era aún escaso pero que con el tiempo se iría extendiendo hasta abarcar el continente. Poco a poco, dolorosamente, fue comprendiendo que este desarrollo no era el camino para la liberación del pueblo.



Y volvemos al cantar:

"Un día yo pregunté, abuelo ¿dónde está Dios?
Mi abuelo bajó la frente y nada me respondió."

La situación latinoamericana, dicen los obispos en Medellín, supone un rechazo del Señor. El Señor, es decir Jesús resucitado, no está en esta situación, en este orden social. Ha sido arrojado de él. ¿Dónde está, pues, en Latinoamérica Jesús resucitado? Está donde están los rechazados por el sistema. Está donde están los que rechazan al sistema. Está entre los que aplican su trabajo, su capacidad inventiva, su paciencia, su entusiasmo, su salud, su vida, su amor en la construcción de una configuración social más justa y más humana.

POR DONDE PASA EL SEÑOR

"Al tiempo pregunté yo, hermano ¿qué sabe de Dios? ... por mi casa no ha pasado tan importante Señor."

Pero en Latinoamérica hay hoy gente del pueblo que puede responder distinto que Atahualpa Yupanqui. Hay campesinos mineros, obreros de fábricas, gente del pueblo subempleada que sí puede contestar a esa pregunta, que puede decir que por su casa sí ha pasado, que pasa por su vida, que su vida con sus compañeros en pascua, es paso de Dios: su puesto en marcha, su negativa a resignarse, su larga paciencia, su lucha desigual, sus derrotas. Como Pablo y con él dicen: atribulados en todo, pero no aplastados; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes el morir de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." (2 Cor. 4,8-10)

Estos hombres son la revelación de Dios. No son de este mundo. Pertenecen a este ámbito de libertad. No están presos de estas estructuras de egoísmo, por Jesús y con él tienen poder para dar la vida, tienen libertad para dar la vida y así la recobran en el siglo futuro, en este mundo que viene. Estos hombres experimentan en sí la dolorosa paradoja de las bienaventuranzas.

A través de nuestro trato con ellos hemos podido comprender que en la familiaridad del pueblo con la pasión del Señor hay mucho más que una propensión enfermiza, hay mucho más que opio que se da a sí mismo el pueblo. Hemos comprendido que el pueblo latinoamericano ha experimentado secularmente que aun en la muerte -en este horizonte histórico cerrado que tan pocas satisfacciones le depara y del que se podría escapar- está Dios, hay compañía -Jesús crucificado-, hay salvación. La inmensa extensión en el continente de la devoción a la cruz y a los crucifijos o a las vírgenes dolorosas o a los santos que de alguna manera en su vida han sufrido unidos a la pasión de Jesús no es sólo una necesidad psicológica de proyectar su dolor. Es el proclamar que su vida es asociarse a esta pasión, es aun en este no ver salida, en este abandono, experimentar el poder salvador de Dios. Es en esta larga hora histórica del abandono, del eclipse, del no ver el poder salvador de Dios, un negarse a la desesperación, al sinsentido, es no rendirse, es más, es una asociación al abandono, a la agonía de Jesús.

Se ha dicho que se desconocía la resurrección. Pero la resurrección estaba como telón de fondo, la resurrección era la que daba la certeza de que esa agonía era salvadora. Pero el tiempo histórico era de profunda noche: no se veía posibilidad real de un cambio histórico, "las tinieblas cubrían la faz de la tierra". Y el pueblo latinoamericano estaba a pie firme con María en el calvario.

EL PUEBLO ES LA BUENA NUEVA

Se ha repetido que el pueblo latinoamericano vive en un tiempo mítico, impermeable a la civilización occidental, ajeno a la historia, inmóvil, como anclado en el tiempo y más bien en una verdadera involución. Se olvida con demasiada facilidad que el pueblo ha sido la base de cuanta revolución y movimiento falsos, quiméricos, abortados o traicionados se han emprendido en el continente para transformarlo. Y que el costo social de cuanta guerra y proyecto se ha llevado a cabo en el continente ha caído casi íntegramente sobre sus espaldas. Y todavía se le acusa de apatía, de pasividad, de fatalismo cuando opone su memoria histórica a la última promesa de transformación mesiánica completa, pero lejana e improbable, a cambio de mayores servicios para que se encumbren rápidamente los señores de turno.

Claro que el pueblo espera. Pero hasta su esperanza debe esconder para que no se la roben. Claro que el pueblo cree en el poder del Señor, pero por eso mismo no puede aceptar un Cristo resucitado feliz y vacío. El misterio de la resurrección se manifiesta en la muerte. Y esto lo puede comprobar quien se acerque al pueblo sin las orejas de ideologías preestablecidas: El pueblo vive en unas condiciones de vida infrahumanas y en muchos aspectos sucumbe a ellas y se deshumaniza, pero muchas veces no, muchas veces es capaz de vivir humanamente en ese infierno, incluso es capaz de dar vida a otros, de darse compañía, comprensión, colaboración.

No entenderá a nuestro pueblo quien lo interprete a través de las categorías de un ensimismamiento mítico y tampoco el que lo vea simplemente como alienado por la explotación económica y por la marginación social. El es el que lleva el pecado del mundo. Y por eso es un Cristo monstruoso, abatido, deforme (Is. 53). El vive fuera de la ciudad, arrojado de ella llevando la ignominia de los ciudadanos (Heb. 13, 12-14). Pero donde se materializa el pecado allí sobreabunda y se manifiesta la gracia (Rom. 5, 20). Por eso los obispos del Centro-Oeste del Brasil proclaman el 6 de mayo del 73: "Estamos comprendiendo por la práctica que ese pueblo es la Buena Nueva de Cristo para nuestro mundo". No porque se conforman con la suerte que Dios les ha dado, no porque son dóciles al cura, no porque son agradecidos a lo que se hace por ellos. Estos pastores a través de la práctica intensa, lenta, dolorosa de evangelización, en esta experiencia concreta que es la experiencia del misterio de la muerte-resurrección de Jesús han recordado lo que estaba escrito: que la piedra desechada ha sido convertida en piedra

angular, que los pobres son bienaventurados, que quien pierde la vida la gana, que el Todopoderoso hizo cosas grandes: derribó a los potentados de sus tronos y ensalzó a los humildes de la tierra.

LO REAL MARAVILLOSO

Todo este lenguaje puede parecer un lenguaje místicoide que nada tiene que ver con lo que se vive y siente cada día, con los proyectos concretos de los gobiernos, ni siquiera con los proyectos de la Iglesia y ni aun con las posibilidades reales del continente. Tal vez sea cierto del presente. Pero algunos creemos que en esta situación no sólo vive el presente sino también germina un futuro posible. Un futuro que quiere ser sofocado por quienes adoran y usufructúan el presente. Y que para que nazca "exige transformaciones globales, audaces, urgentes y profundamente renovadoras" según las palabras de los obispos en Medellín (2,16). Por eso, tomando las expresiones de la nueva narrativa latinoamericana, llamaríamos a este lenguaje "realismo mágico" y a la realidad que expresa "lo real maravilloso". Con ello expresamos que experiencias nuevas han llevado a descubrir nuevas esferas de realidad desconocidas en la totalización presente. Por supuesto que esto no ahorra análisis científicos, estrategias políticas y técnicas y tácticas apropiadas. Más bien las supone y es impensable sin ellas, pero también las juzga, las modifica, las renueva, las estimula.

DE LO CUANTITATIVO A LO CUALITATIVO

Nuestro punto de partida ha sido la constatación de un renacimiento cristiano en Latinoamérica. Al principio sus características fueron las de una modernización. Esta modernización era necesaria y contenía elementos positivos. Pero ocultaba ambigüedades profundas y no podía comprender el misterio, muerte-resurrección, de Jesús. Porque no puede captarse la resurrección si no se capta la posibilidad de lo heterogéneo: de la otra persona, de la otra clase, de la otra cultura. Si sólo me mantengo entre los iguales que yo y mi proyecto es extender ese círculo -desarrollismo-, si no me convierto al prójimo haciéndome próximo a él no podré entender siquiera el problema, la promesa, la necesidad de la resurrección. "Si sólo invitan a quienes les invitan a ustedes ¿qué gracia tienen?" (Lc. 6, 27-35).

Sólo el que tenga otro proyecto, el que haya comprobado lo fácilmente que se construye otro almacén, otro oleoducto igual a los siniestrados, cómo se pueden multiplicar unidades educativas como las que existen, pero que difícil es cambiar una institución existente o crear modelos nuevos, qué difícil es hacer personas que resistan toda su vida en esta sociedad despersonalizadora y corruptora y que resistan creando las bases de un orden más justo ese comprenderá el significado de la resurrección y cómo pasa por la muerte y que esa muerte es dolorosa, pero es también gozo, es salvadora.

Porque la resurrección no puede ser planteada como un problema de seguridad: así como yo me aferro a mi dinero, a mi empleo, a mi círculo social, a mis costumbres, también me aferro a mi vida. Jesús sería la garantía de que tras el paso de la muerte la recobraré.

Jesús vive. Esto sólo es Buena Nueva si la muerte ha sido vencida. Es decir, si Jesús ha resucitado a una novedad de vida, pues esta vida actual lleva en la entraña a la muerte. Esta vida, pero sin término, sería una condenación no una salvación. ¿Y cómo sería esa vida cuya entraña sea la eternidad? Sólo, la vida de Dios. Pues la eternidad así concebida es atributo de Dios. Pues bien, este paso de la muerte a la vida lo realiza quien ama al hermano (1Jn. 3,14). Y este amor tiene hoy en el continente una ineludible dimensión política.

